

bajo la verde bóveda formada por el espeso ramaje de los seculares árboles que forman interminables bosques; reposando tranquilos en un lecho de matizadas flores que embalsaman la tibia y delicada atmósfera; paseándose amorosos con sus seductoras compañeras á orillas de los límpidos arroyos, cuyo suave murmullo unido al delicioso canto de las canoras aves de brillante plumaje, forman el inimitable y seductor concierto con que la naturaleza ensalza las maravillas creadas por el Hacedor del mundo; brindándoles sus variados peces los rios y los lagos; los árboles sus sabrosos frutos; las selvas su abundante caza, y las florestas sus plantas, sus flores y su agradable sombra; libres como el pensamiento; sencillos y felices como los séres del Paraíso al ser formados por la mano del Criador; recordando con placer las delicias del pasado; gozando las superabundantes venturas del presente, y satisfechos con la dulce seguridad de los inefables goces del porvenir; cuando esas encantadoras y risueñas descripciones de los poetas leo, y fijo la mente en la triste realidad de la vida del indio, oprimido bajo el peso de los exorbitantes tributos, obligado á labrar los campos de sus señores, á fabricar sus palacios y á ser reducidos á esclavitud cuando no podían pagar su impuesto; cuando miro el fantástico cuadro trazado por las brillantes plumas de los fecundos novelistas y de los inspirados autores de halagadoras leyendas, presentando á los indios en un delicioso oasis de perenne felicidad, de interminables goces y de venturas sin guarrismo; libres de todo trabajo; disfrutando abundantemente de los deliciosos frutos que espontáneamente les ofrecía la rica naturaleza para su sustento; exentos de rencillas, de

ambicion y de sangrientas luchas; y fijando la vista luego en el original para examinar detenidamente la fidelidad de la copia, les veo envueltos en continuas luchas para proporcionarse víctimas que sacrificar á sus dioses; conducidos á la piedra de los sacrificios á los prisioneros más robustos, sirviendo sus miembros de rico manjar en los banquetes, y reduciendo á la esclavitud á los menos fornidos; engordando en jaulas de madera á considerable número de individuos que debían ser sacrificados en las fiestas de sus falsas divinidades; incendiándose unas tribus á otras sus pueblos, sin dejar mas señal de que existieron que las cenizas y las ruinas (1); trabajando incesantemente para alcanzar un triste alimento reducido á pan de maíz, llamado tortilla, pimiento, denominado chile, y alubia, conocida con el nombre de frijol; vendiendo no pocos su libertad para alcanzar su sustento, y vendiendo algunos á sus hijos para atender á sus cortas necesidades, no puedo menos de maravillarme de la ninguna relacion que existe entre

(1) Cuando Hernan Cortés salió de la capital de Méjico para Honduras, al pasar la provincia de Acolan le suplicaron los indios de un pueblo que encontró cercado de estacadas para defenderse de otros indios contrarios, que no les hiciese daño. Le dijeron, llorando, dice el veraz soldado Bernal Diaz del Castillo que iba en la expedicion, «que eran nuevamente venidos allí á hacerse fuertes por causa de sus enemigos, que me parece que dijeron que se decían lacandones, porque les han quemado y destruido dos pueblos en tierra llana á donde vivían, y les han robado y muerto mucha gente; los cuales pueblos habíamos de ver abrasados adelante por el camino adonde habíamos de ir». Con efecto, siguiendo Hernan Cortés su marcha, «llegamos», añade Bernal Diaz, «á las poblaciones quemadas, que era maravilla verlo todo destruido é quemado». Los pueblos incendiados pertenecían á la tribu de los mazotecas.

el hechicero lienzo presentado por los poetas, y las sombrías tintas de la triste realidad.

El poeta es el pintor de bello colorido que se ocupa mas de los cautivadores efectos que pueda producir su cuadro, que de la exactitud del paisaje que presenta. El historiador es el fotógrafo que presenta las figuras de los personajes con los lineamientos exactos del original, marcados escrupulosamente por la luz de la verdad.

Que las naciones de Anáhuac estaban bastante civilizadas. Las producciones todas del país eran verdaderamente para los señores y la nobleza. Para éstos únicamente eran los placeres de la mesa y la comodidad de los grandes palacios. Gobernantes de pueblos que iban en la América á la vanguardia de la civilizacion, su pompa y sus exigencias eran relativas á su grandeza. Lejos de gobernar provincias bárbaras, como injustamente califica el escritor y filólogo holandés Pauw á todas las del Nuevo Mundo, las de Anáhuac presentaban una civilizacion relativamente admirable. Tenian un gobierno perfectamente establecido, donde la autoridad suprema era respetada por todos los vasallos; donde los pueblos estaban sujetos á sus señores particulares, y éstos al emperador que residia en Méjico, y de quien eran tributarios; la nacion era regida por leyes que estaban consignadas en escrito-pinturas, y no habia súbdito que no las supiese, pues se transmitia de padres á hijos el conocimiento de ellas por medio de la palabra, para evitar que, faltando á ellas por ignorancia, sufriesen el castigo por no haberlas respetado. Los monarcas aztecas, en los cuales residia el poder legislativo, tenian diferentes Consejos en sus palacios, que les ayudaban en el

despacho de los negocios: el principal era una especie de Consejo privado que se ocupaba de aconsejar á la persona real en el gobierno de las provincias sujetas á la corona, en la administracion de las rentas y en todos los puntos de notable interés; habia tribunales superiores, donde se despachaban los negocios de reconocida importancia, y en cada una de las ciudades principales y los territorios que de ella dependian, existia un juez supremo, nombrado por el monarca, con jurisdiccion para empezar y concluir las causas civiles y las criminales, de cuya sentencia no podia apelarse á tribunal ninguno, ni aun al mismo rey. En cada provincia estaba establecido un tribunal compuesto de tres individuos, pero inferior al expresado juez supremo, que tenia jurisdiccion unida con éste en las causas civiles. Habia, además, para las causas de poco interés, un cuerpo de magistrados inferiores, distribuidos en todo el país, pues los de grave importancia se despachaban en los tribunales superiores, y para el orden y policía, vigilar la conducta de algunas familias, dar cuenta á las autoridades superiores de los desmanes que ocurriesen y dar aviso de si se infringian las leyes, habia ministros inferiores de justicia que desempeñaban con celo su comision (1). Se ve, pues, por lo expuesto, que los pueblos de Anáhuac se hallaban bastante civilizados, y que no existia en su gobierno la anarquía ni escasez de leyes que equivocadamente supone el señor Pauw

(1) En el tomo I de esta obra, capítulo XIV, desde la página 401 hasta la 411, podrá ver el lector todo lo perteneciente al gobierno político y administracion de justicia del imperio azteca.

en sus *Investigaciones acerca de los Americanos*, separándose desgraciadamente de la verdad histórica, patentizada en las pinturas jeroglíficas de aquella época y por los escritores españoles que recogieron las noticias de los mismos indios que habían sido vasallos de Moctezuma. Respecto á la astronomía se hallaban no poco adelantados; y en algunas artes llamaron justamente la atención de los castellanos, que enviaron al emperador Carlos V varias de sus preciosas obras hechas de oro, así como finas telas de algodón y vistosas colchas de pluma, para que pudiese apreciar por sí mismo el talento de los habitantes de Anáhuac.

Pero estos adelantos, verdaderamente prodigiosos para hombres reducidos á sus solos esfuerzos, separados completamente de la civilizada Europa, así como los goces de la vida de aquellos emperadores, no podían considerarse sino como relativos. Habían llegado en civilización á ser los primeros entre las naciones indias del Nuevo Mundo; pero, como era natural, y no podía ser de otra manera, comparativamente con los adelantos del viejo continente, estaban en los primeros pasos de la ciencia: habían hecho mucho por sí solos; pero aun les faltaba andar por espacio de largos siglos en el camino de los adelantos que constituyen la felicidad y el bienestar de las sociedades, para disfrutar de las comodidades de los países verdaderamente cultos. Tenían feraces terrenos, dispuestos á pagar con usura extraordinaria lo que en ellos depositase el hombre; pero les faltaba semillas y granos que confiar á esos fértiles terrenos. Tenían grandes ciudades, como Méjico, Texcoco, Tlaxcala y Cholula, donde se encon-

traban vastos y cómodos palacios; pero esos espaciosos edificios de los reyes y de los grandes, que contrastaban con las humildes casitas de adobe y con las frágiles chozas de caña, de que abundaban los suburbios, carecían de puertas de madera, de ventanas y de balcones que les embellecieran y proporcionaran condiciones higiénicas. Eran fábricas inmensas con multiplicados y espaciosos patios y salones que asombraban por su capacidad; pero sin belleza arquitectónica y muy bajos, como se deduce de las torres portátiles de madera que Hernán Cortés hizo para arrojar de las azoteas á los indios que estaban situados en éstas, y haber muerto Moctezuma de una pedrada arrojada de la calle á la azotea del palacio de Axayacatl, que era uno de los mas capaces, cuando dirigía la palabra desde ella al pueblo para que cesase de combatir contra los españoles. Las puertas de todos los edificios, lo mismo las de los régios alcázares como las de las chozas de los plebeyos, eran petates mas ó menos finos, segun la posición de cada individuo, que estaban colgados y arrollados á la entrada, á los cuales se hallaban atados pedazos de loza ordinaria, á fin de que cuando estaba cerrada la puerta, esto es, tendido el petate para evitar las miradas de los curiosos transeuntes, el ruido de los tiestos avisase que alguien entraba ó llamaba (1). El lecho de los poderosos se componía

(1) La triste y desfavorable pintura que hace el Sr. Robertson de los edificios de las principales ciudades de los indios de Anáhuac, no es admisible. El conjunto de esas ciudades era hermoso, y si los edificios de los magnates y de la nobleza carecían de la belleza arquitectónica que dejó manifestado, en cam-

de dos gruesos petates de junco, con otros dos finos de palma encima, con sábanas de algodón y una colcha de la misma tela, tejida con plumas. El de la gente pobre se reducía á un petate ordinario. No se conocían las velas ni mas luz, así en los palacios como en los demás edificios, que las de las rajás de ocote, madera aromática, pero que produce mucho humo, ó las de las luciérnagas luminosas en los países marítimos ó próximos á la costa: la mesa de los ricos era un lujoso petate tendido en el suelo, con servilletas de algodón para los que se sentaban á ella; pero sin cuchara, tenedor ni cuchillo para servirse, pues se desconocían los cubiertos, siendo los dedos y el pan de maíz llamado tortilla los que hacían el uso de aquéllos. El cristal y el azogue eran objetos desconocidos, y por lo mismo no tenían

bio eran espaciosos, y las casas del centro, aunque bajas y no muy sólidas, eran de piedra, bien blanqueadas y con azotea, quedando muy lejos de presentar el repugnante aspecto que asienta el expresado señor Robertson en la descripción que hace de Tlaxcala, completamente opuesta á la hecha por Hernán Cortés al emperador Carlos V. «Sus mismas ciudades», dice el señor Robertson refiriéndose á las naciones indias que poblaban el Anáhuac, «por pobladas y grandes que fuesen, parecen haber sido mas bien el asilo de unos hombres que acababan de salir del estado salvaje, que la habitación pacífica de un pueblo civilizado. Según la descripción que se hace de Tlaxcala, esta ciudad se asemejaba mucho á una aldea de indios, pues no era otra cosa que un montón de chozas esparcidas por todas partes, según el capricho de cada propietario, construidas con piedra y lodo, cubiertas de carrizos, y que solamente recibían la luz por una puerta tan baja, que era preciso encorvarse para entrar en ella. Aunque la situación de Méjico en algo ofrecía una disposición mas regular para edificar las casas, la estructura del mayor número era igualmente grosera, y aun los templos y los edificios públicos no parece que merecen los pomposos elogios que les dan los historiadores españoles.» Yo creo que entre las aserciones de Hernán Cortés, de Bernal Díaz del Castillo y de otros españoles que conocieron aquellas ciudades, y las conjeturas del Sr. Robertson, el buen sentido aconseja acoger las primeras.

espejos donde verse, y se servían de los que hacían de obsidiana, especie de lava de que abundaba el país, que pulimentaban para que en su brillo se reflejase la figura, aunque imperfectamente. Tampoco era conocido el vidrio, y por lo mismo los edificios carecían de la belleza y comodidad que adquieren cuando están adornados de vidrieras. No había en ellos ni mesas, ni cómodas, ni sofás, ni canapés, ni ninguno de esos muebles que, á la vez que son útiles, prestan goces á la vida.

Ya se deja comprender por lo expuesto, el aspecto poco lisonjero que presentarían aun las poblaciones en que residían los grandes, examinándolas detenidamente, por muy pintorescas que apareciesen miradas en conjunto desde regular distancia, y lo naciente que se hallaba su civilización. El país de Anáhuac era un suelo privilegiado, con hijos llenos de inteligencia; pero donde faltaba, en el primero, sembrar las alimenticias semillas agrícolas que no tenía y que debían producirse, como se produjeron maravillosamente en su exuberante terreno cuando las llevaron los españoles; y en los segundos, cultivar su clara inteligencia que les han querido negar injustos escritores extranjeros.

Sí; en aquellos vastos territorios que encerraban en las entrañas de la tierra inagotables minas de oro y plata, las producciones agrícolas para el mantenimiento del hombre, con respecto al pueblo, estaban reducidas al maíz y á la alubia, y por lo que hace relación á los goces y comodidades del hogar, ya se deja comprender que tenían que ser muy reducidos, donde carecían de toda luz artificial, de asientos cómodos, de balcones,

de vidrieras, de puertas, de camas, de cubiertos, de espejos, de mesas, de cómodas y de cuanto constituye el útil ajuar de una casa, por humilde que sea. Si á esta falta de objetos de comodidad en el hogar doméstico, así como de semillas, de carne y de leche, se agrega el no tener bueyes ni animal ninguno que les ayudase en el cultivo del campo, y á conducir ellos mismos las pesadas cargas en los caminos, porque se desconocia, como he dicho, los caballos, las mulas y los asnos, se verá que la condicion de los indios era la menos envidiable que puede tener el hombre. Si esta triste y miserable situacion, sin embargo, hubiera estado acompañada de la libertad del individuo y de la independenciam de la patria á que pertenecia, habria sido soportable, porque nada endulza de una manera mas agradable las penalidades de la vida que los goces de la libertad y de la independenciam; pero ni aun de esta grata satisfaccion gozaban aquellos pueblos. Todos habian sido conquistados por la nacion mejicana, y todos gemian bajo el peso de la mas insoportable opresion. Tlaxcala, en medio de sus privaciones y trabajos, precisada á tomar desde muchos años hacia sus alimentos sin sal, sufría contenta sus penalidades, porque merced á ellas y á su indómito valor se habia librado de ser conquistada por los emperadores de Méjico; pero á excepcion de ella y del reino de Michoacan, todas las demás naciones desde Azcapozalco, Coyohuacan, Chalco y las diversas poblaciones inmediatas á Méjico hasta Veracruz y otros puntos situados en diversos rumbos, sentian el peso de la conquista de los mejicanos. No habia una sola tribu que no anhelase rom-

per el yugo que la oprimia. Presentóse Hernan Cortés cuando mas insoportable se les hacia á las naciones subyugadas por los emperadores aztecas la tiranía de sus conquistadores; y no solo se unieron espontáneamente á él, sino que muchas solicitaron su amparo y alianza para derrocar el imperio de Moctezuma, declarándose súbditos del monarca de Castilla. Unidas así todas las naciones del Anáhuac á los españoles, el trono de los emperadores mejicanos se derrumbó, no por el solo esfuerzo de Hernan Cortés y sus compañeros, sino tambien por el potente de sus aliados. El monarca del poderoso reino de Michoacan, así como los señores y caciques de Tehuantepec y de los pueblos mas lejanos, enviaron sus embajadores, manifestando su deseo de ser súbditos del rey de España, y admitidos por Hernan Cortés sus ofrecimientos, el país entero quedó unido espontáneamente á la corona de Castilla, fundiéndose en una las diversas naciones que hasta entonces se habian hecho entre sí implacable guerra.

Paralelo sobre adquisicion de territorio entre los españoles y los colonos ingleses. Varios escritores, no habiendo fijado sin duda la atencion en estos hechos positivos, no han vacilado en asentar que la agregacion de la Nueva España á la corona de Castilla fué efecto únicamente de la conquista, empleando el derecho de la fuerza. Preocupados con este error, y tratando de presentar á los colonos ingleses que poblaron la América del Norte, hoy república de los Estados Unidos, como á los hombres mas respetuosos al derecho de propiedad, no titubearon en censurar la conducta observada por los españoles. Dejándose llevar de una falsa idea formada por algunos contratos particulares, y ha-

ciendo de ciertas excepciones una regla general, aseguran que los puritanos, primeros colonos ingleses, «respetando el derecho sagrado de propiedad, compraban sin engaño las tierras á los indios para establecerse, sin abusar de la fuerza para arrancarles lo que ellos de buen grado ofrecían sin resistencia» (1). «Bien lejos estuvieron los españoles», agregan, «de observar de esta manera el derecho natural. Pudiendo adquirir á poco precio posesiones en América, quisieron mas bien enseñorearse de ellas por medio de la mortandad y sangre de los indios» (2). Si transcurridos largos años, despues de varias expediciones, algunos colonos ingleses, por encontrar mas fácil el engaño de la compra que el de exponerse á una lucha con los indios, recurrieron á aquel recurso para despojarles hipócritamente de lo que poseían, no obraron de igual manera los que no creyeron necesario apelar á ese medio. Los primeros colonos ingleses que pasaron á los Estados Unidos fueron los famosos *Peregrinos*, que marcharon huyendo de las persecuciones religiosas que asolaban la Inglaterra desde que abrazó la Reforma. Los emigrantes se dirigian al Nuevo Mundo en busca de la libertad y del sosiego de que carecían en su patria, y llevaban, sin embargo, con ellos, el mismo espíritu de intolerancia y de persecucion que les habia hecho abandonar el suelo en que nacieron. Los Peregrinos llegaron á las playas de Plymouth, que actualmente forma parte de la provincia de Massachusetts, en 1620, y lo primero que hicieron fué empuñar el fusil para ahu-

(1) Don Pedro Santacilia, del Movimiento literario.

(2) *Histoire du Commerce de Colonis. Anglois. dans l'Amérique.*

yentar á los indios que vieron invadido su territorio y anhelaban arrojar de su suelo á los invasores. Los colonos ingleses, juzgándose con derecho á ocupar la tierra descubierta, fundaron su colonia, contra la voluntad de los naturales del país, valiéndose del derecho de la fuerza, y de ninguna manera «respetando el sagrado de propiedad, comprando sin engaño las tierras á los indios para establecerse». Las tribus indias no querían que una nacion extraña tomase posesion de su territorio, y atacaban sin cesar á los hombres blancos, los cuales no podían ocuparse de proveer á sus necesidades, «por verse obligados», dice Robertson, «á estar constantemente con las armas en la mano para rechazar á los indios». Lejos, pues, éstos, de «ofrecer de buen grado y sin resistencia» sus tierras á los colonos ingleses, hacían los mayores esfuerzos para lanzarlos del punto que habían ocupado, y sin duda lo hubieran conseguido si «felizmente para los ingleses», observa el antes mencionado historiador Robertson, «no hubiese una peste asolado el año anterior aquella parte de la América, arrebatando un número crecido de naturales del país, con lo cual se consiguió rechazar y contener á los restantes» (1). Para poder estar en posesion del terreno de que se habían hecho dueños los Peregrinos, no «por medio de tratados de amistad celebrados con los caciques indios», sino empleando el poderoso argumento de las armas, levantaron fortificaciones en la poblacion que habían edificado, «poniéndola en estado de defensa suficiente contra los ataques de los

(1) Robertson, *Historia de la América*, t. IV, pág. 286.